



Año Diocesano de la Liturgia y la Piedad Popular

+ Mario De Gasperín Gasperín

II. Testimonio

a) La *lectio* y la oración. El Papa Benedicto XVI en su catequesis sobre Orígenes (2007-05-02), enseña: «Orígenes, autor de un importante y siempre actual tratado «Sobre la Oración», entrelaza constantemente su producción exegética y teológica con experiencias y sugerencias relativas a la oración... Desde su punto de vista, la comprensión de las Escrituras exige, no sólo estudio, sino intimidad con Cristo y oración. Está convencido de que el camino privilegiado para conocer a Dios es el amor, y que no existe un auténtico 'conocimiento de Cristo' sin enamorarse de él. En la «Carta a Gregorio», Orígenes recomienda: Dedicados a la 'lectio' de las divinas Escrituras; aplicados con perseverancia. Empeñados en la 'lectio' con la intención de creer y agradecer a Dios... Para comprender los asuntos de Dios tienes absoluta necesidad de la oración. Precisamente para exhortarnos a la oración, el Salvador no sólo nos ha dicho: 'buscad y hallaréis', y 'tocad y se os abrirá', sino que ha añadido: 'pedid y recibiréis' (No. 4). Salta a la vista el 'papel primordial' desempeñado por Orígenes en la historia de la 'lectio divina', concluye el Papa. Sin oración e intimidad amorosa con Cristo no será posible una provechosa homilía.



b) *El fuego y la víctima para el holocausto*. Al referirse el Papa a una homilía de Orígenes sobre el fuego para el holocausto, nos dice: Cada uno de nosotros debe llevar «el fuego para el holocausto», es decir, «la fe y el conocimiento de las Sagradas Escrituras, que nunca tiene que apagarse en el altar de quien ejerce el sacerdocio. Después añade: 'Pero cada uno de nosotros no sólo tiene en sí el fuego, sino también el holocausto, y con su holocausto enciende el altar que arda para siempre». Aquí Orígenes se refiere al martirio, gracia que siempre imploró y que no le fue concedida. Y añade el Papa: «Este inagotado camino de perfección nos afecta a todos nosotros, a condición de que la mirada de vuestro corazón se dirija a la contemplación de la Sabiduría y de la Verdad, que es Jesucristo.

c) *Los ojos fijos en Jesús*. Finalmente, al predicar sobre el discurso de Jesús en Nazaret, cuando 'en la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él' (Lc. 4, 16-30), Orígenes parece que se dirige precisamente a nosotros: 'También hoy, en esta asamblea, los ojos de ustedes pueden dirigirse al Salvador. Cuando dirijas la mirada más profunda del corazón hacia la contemplación de la Sabiduría de la Verdad del Hijo único de Dios, entonces tus ojos verán a Dios. ¡Bienaventurada es la asamblea de la que la Escritura dice que los ojos de todos estaban fijos en él! ¡Cuánto desearía que esta asamblea diera un testimonio así, que los ojos de todos, de los no bautizados y de los fieles, de las mujeres, de los hombres y de los muchachos... vieran a Jesús!... Sobre nosotros está impresa la luz de tu rostro, Señor...» (Homilía sobre Lc 4, 32). La homilía verdaderamente eficaz es la que hace que los ojos del alma de los asistentes a la Misa contemplen vivo a Jesús entre ellos y se gocen de su presencia.

Homilía

III. El Género Literario «Homilía»

1°. La homilía es una forma privilegiada del ministerio profético y de la obra evangelizadora de la Iglesia (Cf DV 24). Dos son los elementos o características que distinguen y privilegian el género literario «homilía» entre las demás formas de predicación o comunicación del mensaje evangélico: a) Que es parte integrante de la liturgia, es decir, de un acto cultural oficial de la Iglesia, y b) que la homilía supone el «kerigma» y exige la «catequesis», pero no que no se identifica con ninguna de ellas. Es una predicación «sui generis». Conviene precisar lo dicho.

2°. El kerigma consiste, en términos generales, en el anuncio primero, fresco y global del misterio de Cristo dirigido a los no creyentes pro-vocándolos para su conversión en orden a su salvación. En su acepción primera, el kerigma no trata de explicar una doctrina sino de proclamar u hecho, la obra salvadora de Dios realizada en Cristo. Esto genera reacciones encontradas, a veces violentas y hace del predicador un testigo (martyr) del hecho anunciado. Por su parte, el predicador-testigo viene adornado o dotado con la fortaleza necesaria para afrontarlo, la parresía o confianza-fortaleza inquebrantable.

3°. La homilía debe ser «kerigmática», pues se dirige a los creyentes, quienes dieron ya su asentimiento a la fe escuchando y aceptando el kerigma. De este modo, el kerigma es una dimensión permanente y esencial de la predicación cristiana y, por tanto, de la homilía. La homilía debe ser kerigmática porque es parte integrante de la celebración litúrgica que actualiza y celebra el acto salvador de Dios realizado en Cristo y anunciado en el kerigma.

4°. La catequesis significó inicialmente la instrucción impartida en orden al bautismo (catecumenado), llamada también «iniciación cristiana» y luego instrucción ordenada, sistemática de los misterios de la fe a los ya bautizados. Su finalidad es explicar y fortalecer la fe recibida. Por tanto, la catequesis supone necesariamente el kerigma y debe referirse constantemente a él, pues de allí arrancó su conversión. Como la conversión implicó un cambio de vida, se sigue necesariamente que la catequesis no debe quedarse en una exposición abstracta de la fe sino que debe bajar a la vida cristiana. La catequesis siempre será exposición sistemática de un hecho que implica un cambio de vida.



5°. Por otra parte, el hecho salvífico o misterio de Cristo que anuncia el kerigma y explica la catequesis, es algo que se celebra, es decir, que se actualiza y vive en la litúrgica, de la cual la homilía es parte integrante. Por tanto, la homilía debe incluir necesariamente elementos kerigmáticos y elementos catequéticos de modo que la mejor catequesis

Segunda parte

será siempre la litúrgica porque celebra, actualiza y vive lo anunciado en el kerigma y profundizado en la catequesis. Además, el pueblo cristiano la requiere siempre porque siempre está en estado catecumenal, en busca de su plenitud en la eucaristía. El predicador tiene que volver constantemente a los sacramentos de la iniciación cristiana, pues son el fundamento de la vida en Cristo.

6°. Sin embargo, debe quedar claro que la homilía no puede confundirse con la catequesis sistemática. No podemos sustituir la homilía por la catequesis, sea de niños o de adultos. El esquema de los catecismos no puede meter en su lógica el esquema histórico-salvífico de las lecturas bíblicas y de la liturgia. La lógica de la liturgia de la palabra es distinta de la de la catequesis y no deben contaminarse. Esto no quiere decir que la homilía no deba esclarecer el misterio, pero al hacerlo debe respetar la lógica de la divina sabiduría contenida en la historia de la salvación. No podemos convertir la homilía en una clase de catecismo. Si la homilía se hace según los criterios propios de la celebración litúrgica, incluyendo elemento kerigmáticos y catequéticos, pero no confundiendo con ninguno de esos géneros proféticos, estamos seguros que adquirirá una eficacia superior a la de los catecismos, ya que la palabra, en la celebración litúrgica, no es sólo proclamada o explicada, sino celebrada y vivida.

7°. Por tanto, la homilía:

a) Proclama las maravillas de Dios en la Historia de la Salvación o Misterio de Cristo. Esto exige el fundamento bíblico de la «economía salutis»; mostrar cómo la Palabra se cumple en el rito y cómo esto se continúa en el la vida de la Iglesia. Así, la homilía es un concentrado del triple ministerio mesiánico: Profético, porque se nutre de la Palabra; Sacerdotal, pues se cumple en el rito o culto, y Regio, porque debe hacerse vida mediante la caridad operante.



b) Se inspira necesariamente en los texto bíblicos, si no no es homilía; pero, no es evangelización (kerigma), aunque lo supone; no es catequesis, aunque contenga elementos catequéticos; no es exégesis, aunque la requiera en el predicador; no es clase de «vulgarización teológica», ni de «filosofía moral».

c) La homilía es proclamación gozosa y solemne de la Palabra de Dios en una asamblea cultural, que respeta los pasos de la Historia de la Salvación: muestra cómo lo anunciado (pofecía) se cumple en el Misterio de Cristo que se celebra (leiturgia), se continúa en la vida de la Iglesia (diakonía), y proyecta al cristiano hacia la esperanza definitiva (escatología).

d) El celebrante es quien primero oye la Palabra y la cree; luego la celebra y cumple en el rito o culto y, por tanto, es quien hace el paso o tiende el puente (pontífice) entre el anuncio y su cumplimiento. Como la homilía es una palabra «haciéndose», no hecha (como las lecturas), ni el solo hecho (rito), el celebrante es el puente y, por tanto, el responsable de su cumplimiento y de su misión. Es una palabra «haciéndose» en la boca del predicador-profeta, que necesariamente lo convierte en testigo del Resucitado.